

El "Árbol adentro" y los otros "árboles" de Octavio Paz

HORACIO SAENZ GUERRERO *

A veces la poesía es el vértigo de los cuerpos y el vértigo de la dicha y el vértigo de la muerte..." Así comienza el "Poema" con el que Octavio Paz efectúa, con júbilo y vitalidad serenamente cenitales, un regreso que nos parece eterno a los inmutables y, a la vez, genésicamente variables, genios de sus orígenes.

"El amor a lo nunca visto y el amor a lo nunca oído y el amor a lo nunca dicho: el amor al amor".

He aquí las "Sílabas semillas" de su creación prologal. Luego, todas las llamas, los gemidos, los vientos, la espiral sin desenlace, las afiladas navajas del tiempo... El terrible y hermoso espejo que camina hacia nosotros, el espejo vacío de la poesía. En todo eso, y en mil hojas más estremecidas, está el **Árbol adentro** (1), que congrega toda la poesía creada por Paz desde su "vuelta", fechada en 1976.

Han transcurrido once años. Muchos si partimos de su primera publicación, **Luna silvestre**. Los justos para contemplarse con las proporciones completas que necesitaba en ese tiempo para que su sonido y su mensaje fueran los más altos de la lengua española de hoy, altos y solares, íntimos y universales, descubridores soberbios de los mundos que nos han hecho como somos, sin que nosotros lo supiéramos. Ha sido Paz quien nos lo ha venido diciendo y quien ahora lo sublima de modo supremo. Y lo es en **Árbol adentro** —la poesía es siempre semilla de creencias personales, pasiones íntimas y certezas intransferibles— de modo distinto y concluyente a como lo fue, para mí, en **Libertad bajo palabra, Salamandra y Piedra de sol**, por razones de tremenda belleza, aquella que hizo decir a alguien —de quien sólo sé que estábamos muy cerca de Paz— que era una obra de la que tenía tres ejemplares: uno para leer, otro para releer y el tercero para ser enterrado con él.

Uno resucita en su memoria que Roggiano recordaba las convicciones pacianas de que sí, para los occidentales, la naturaleza es una realidad que tiene que dominarse y usarse, para los hindúes se erige en madre que puede ser benévola o terrible. Y las interpretaba —¿lo hacía exactamente así?— en el sentido de que tal concepción proporcionaba a Octavio Paz la fuerza renovadora de su pensamiento y apoyaba,

* Logroño, 1923. Periodista. Ex-director de "La Vanguardia". Fundador de la Escuela de Periodismo de Barcelona. Premio Mariano de Cavia en 1987.

(1) *Árbol adentro*. Octavio Paz. Seix Barral - Biblioteca Breve. Barcelona, 1987. 208 páginas.

esencialmente, su pulso poético, que ha sido siempre para él acto gozoso de plenitud, irradiación del ser total, existencia compartida en el mundo, pero en comunión y no en soledad. Por eso, con carácter de sublimación sobre todo, **Árbol adentro** es, como el propio autor decía en otros tiempos lejanos pero permanentes, y en otras circunstancias hoy más vigentes que nunca, que "la gran poesía, la gran literatura es aquella que revela al hombre no como una afirmación, como una unidad, como un bloque, sino como una quiebra, una hendidura. Al hombre en su polémica consigo mismo. Esta visión del hombre —añadía— me parece a mí la verdadera visión moderna: no el hombre como ascenso hacia un paraíso o hacia un cielo imaginarios, sino como revelación de su propia nadería". En la prosa de **Corriente alterna**, hace más de veinte años, ya quedaba claro que la poesía, al ser crítica del lenguaje, es la manera más virulenta y radical de la crítica de la realidad. El poema adquiere su sentido dentro de sí mismo: "no en lo que dicen las palabras, sino en aquello que se dicen entre ellas". Para expresarlo de una vez: la poesía moderna es una tentativa para abolir todas las significaciones porque es ella la que se presiente como significado último de la vida y el hombre. "Por eso es, a un tiempo, destrucción y creación del lenguaje".

De un modo insensible, **Árbol adentro** estremece, en el interior de uno —así lo ha hecho en mí— aquellos indecibles sedimentos líricos que el poeta nos ha ido dejando en el curso de infinitas lecturas, cuando los hombres de mi tiempo, insatisfechos por muchos precedentes, gloriosos pero envueltos en sombras, y hasta en penosas convenciones, y hasta en mentiras, andábamos en busca de lo que luego sería el modernismo, o bien, con humildad, en la de los novísimos, cuyo nombre ignorábamos y sólo conocimos cuando se lo puso Castellet. Por ahí alumbraban Cernuda y Aleixandre y, particularmente, Eliot, quizá porque, con él, como certeramente establecía J. M. Cohén, Octavio Paz era el único poeta de nuestro siglo que había logrado poetizar su metafísica. Mas, ¿en qué medida afecta, para modificarlos, para enriquecerlos, **Árbol adentro** la firmeza de tales sedimentos? Los afirma, sencillamente. Su vital diálogo poético no se ha alterado; los movimientos de la realidad y su lógica interna son semejantes; poesía cuyo lenguaje acaso no fuese, a la sombra de Bretón, ni el "fluido", ni el "para todos", ni el "comunicable", pero que deviene, totalmente, en palabra iluminadora y cegadora a la vez.

Si exploramos en las vibraciones que provoca **Árbol adentro**, he de distinguir, y ahora ya hasta preferir, con los valores más relativos y circunstanciales que cabe atribuir á vocablo, el Octavio Paz que, un punto desolado, se inclina hacia las cosas del corazón. Me seduce la idea de penetrar en el poeta de los setenta y cinco años, que no puede ser e mismo de los treinta y siete, cuando **¿Águila o sol?**, por ejemplo. Me quedo, la pasión por delante de la reflexión, con

el hombre que "desnace" en "Al vuelo". Con "el embarcadero de las islas perdidas" de "Hablo de la ciudad". Con la "camelia de ceniza entre los pechos de la adolescente", con que define el surrealismo que tanto le dio. Con "la musiquita rechinante de los caballitos, la musiquita que da vueltas y vueltas en el cráneo como un verso incompleto en busca de una rima", de "Vistas fijas". Con "Todo lo que pensamos se deshace, en los campos encarna la utopía, la historia es espiral sin desenlace", de "Aunque es de noche". Con su "Fábula de Joan Miró". Con sus soberbias "Diez líneas para Antoni Tapies", quien, inconcebiblemente, sólo ahora, con el sol a la espalda y ante los epílogos —áureos, pero epílogos, mi siempre tan entrañable Antoni—, ha encontrado las palabras que el siglo le debía. Helas aquí:

Sobre las superficies ciudadanas, las deshojadas hojas de los días, sobre los muros desollados, trazas signos carbones, números en llamas. Escritura indeleble del incendio, sus testamentos y sus profecías vueltos ya taciturnos resplandores. Encarnaciones, desencarnaciones: tu pintura es el lienzo de Verónica de ese Cristo sin rostro que es el tiempo.

Con la estremecida "Canción desentonada". Con su larga Cantata de la "Carta de creencia"...

Árbol adentro —del que poetiza que creció en su frente, que sus raíces son venas, nervios sus ramas, sus confusos follajes pensamientos— se cierra con 35 páginas de notas, prescindibles, según el autor, porque no son ni comentario ni explicación, entre otras razones porque la interpretación de un poema debe ser hecha no por el poeta, sino por el lector. Deben leerse esas notas. Contienen preciosos tesoros de distinta naturaleza. He aquí uno: "En la poesía se despliega el misterio de la libertad humana: el accidente, la circunstancia, se convierte en obra.

Casi a la par de mi lectura de **Árbol adentro**, Octavio Paz publica en *ABC* en comentarios sobre Joseph Brodsky, el poeta ruso que la disidencia llevó a la liberación norteamericana y que ha sido recompensado con el Premio Nobel. Brodsky, minoritario y espléndido creador de poesía, sobre todo, porque también es dramaturgo y ensayista, merece de Paz un retrato enorme, intencionado, gracioso, que cierra con estas palabras: "Disiento de los disidentes. El regreso a la antigua sociedad, en caso de que fuese posible, significaría la sustitución de una ortodoxia por otra". Ese es el "otro" Paz. No el de la prosa, el que empieza, si no me falla la memoria, en **El laberinto de la soledad** y, para mí —no tengo otro libro posterior— acaba con **Los hijos del limo**, también editado por Seix Barral, sino el de "¡No pasarán!" y el de "Bajo tu clara sombra". Es decir, el Octavio Paz que, con generosidad